

# El triunfo de la revolución es del pueblo y debe ser para el pueblo.

(Sigue de la página 11)

con su deber y su consancio y amargura en las espaldas, calcinadas por el sol despiadado y hurafío.

Y por donde pasaban las huestes revolucionarias brotaban adeptos y todos eran de la gleba, o an de las clases humildes y así rápidamente se orga-

nizaron ejércitos en toda la República, y como tenían el elemento primordial, la fé, y como iban á la lucha por su propia voluntad y como luchaban por la libertad, pronto fueron invencibles y el triunfo fué rápido y cierto, y con el asombro y el secreto contento de todos y el terror de los tiranos que no

querían convencerse de la realidad de las cosas, la revolución fué pronto como una ola gigante en imposición de contenerse, que se tragaba ciudades y pueblos, y ante cuya fuerza, verdaderamente apocalíptica, la débil fuerza sostenedora de la dictadura era débil e insuficiente á su pujanza.

## Por donde pasan las huestes maderistas, brotan adeptos.

Y los retratos de los héroes comenzaron á ser conocidos y los nombres de «chandidos» que se les diera en un principio fueron trocados por otros bien diversos en los labios del pueblo, que admiraba sus hazañas y comentaba sus triunfos. Y el cariño popular los seguía en sus éxodos y celebraba sus victorias y lloraba sus derrotas, y es que eran de los suyos: como ellos tenían la carne morena, y las manos duras y el corazón bien templado.

La revolución era el pueblo, del pueblo había salido, en los hogares humildes de toda la República se notaban muchos lugares vacíos, unos temporalmente, otros para siempre; en las casas

de los suburbios de las ciudades ó en las cabañas del campo, era donde corrían abundantes lágrimas de las madres ó de los hijos pequeños, inconsolables ante la ausencia de los suyos que luchaban allá lejos por una divina conquista.

Un hombre con su gran valor civil había sabido despertar al león que dormía, pero que estaba alerta; ese hombre había conquistado en la elocuencia de los hechos indiscutibles, la popularidad y el pueblo, que conoce de los actos sinceros y sabe cuando se le habla con el corazón, siguió á ese hombre y respondió á su llamado. El había llegado como todos los predestinados, en un momento propicio y la revolución surgió.

Y no la formaron los que usan levita y vociferan del Gobierno porque no los ha sentado á la mesa del presupuesto ó porque no les ha dado suficiente pitanzas; formaron en las filas revolucionarias los que no se arredran ante la muerte, los que saben desdefiar con su heroísmo ancestral, no los que tímidamente se declinan de la oposición para ser callados con el oro ó con el favor; fueron los revolucionarios los que saben pedir la justicia humildemente y los que saben tomarla cuando se les niega, no los que contra la injusticia predicaban dispuestos á proclamarla en cuanto les llevara el bolsillo una de las muchas injusticias repartidas.

## Los hombres que hicieron la Revolución merecen los beneficios de la victoria.

Y si esos hombres fueron los que hicieron la revolución y reconquistaron la Libertad y salvaron la Ley, de ellos ha sido el triunfo y para ellos tiene que ser los beneficios de la victoria.

Pocos fueron los hombres de alguna representación que acompañaron al Jefe de la revolución en su éxodo de propaganda, primero, y lucha después; pocos son pues los compromisos que el Jefe tiene que cumplir, pocas las justas indemnizaciones que tiene que repartir. Debe pues darle todos los beneficios al pueblo, que es el que ha hecho la revolución.

Como la causa ha triunfado y son muchos los «arribistas» que discretos, temerosos y embozados, esperan en las encrucijadas al que viene repleto de botín para saltarlo, debe el Jefe de la revolución estar alerta y no dejarse sorprender por los panelistas de la política compartiendo los honores con los que nada hicieron por la victoria; esos deben ser rechazados á sus mismas encrucijadas para que sigan esperando otro más incauto que se deje sor-

prender con sus razonamientos oportunos de democracias declamatorias y nulas.

Ya que la revolución se ha hecho con la sangre del pueblo y ya que su jefe no tiene compromisos, busque para que lo rodeen en el poder á los hombres de mejor voluntad, á los más sinceros, á los que verdaderamente lleven en el fondo del alma espíritu de justicia, y amor al pueblo, y á ellos encomiéndoles la labor de salvar á ese pueblo de la ignominia y de la ignorancia; á ellos encomiéndoles la tarea de recompensarlo por el triunfo, á ellos entregueles la altísima misión de redimirlo y de hacerlo verdaderamente libre.

Que su mano cuando llegue al poder, no reparta los puestos y los dones entre los que le pidan con más fervor y entre los que lo juren merecer con más elocuencia, sino entre los que no pidan nada, entre los verdaderamente honrados que saben estar callados, pero que son conocidos, entre los que estén en aptitud de tirar la primera piedra

en caso de que alguno quiera acusar, de los limpios, de los que no se han sentado al banquete burocrático, de los que todavía conservan limpia la idea de patria.

La obra que el Jefe de la revolución tiene que realizar es esa, salvada y justa, dar al pueblo el fruto de su conquista, devolver en forma de parte de libertad los hijos que arrancó de los hogares y que no han vuelto; que la sangre derramada sea fecunda para el pueblo que la arrancó de sus entrañas; que los áboles de libertad y democracia y justicia fecundados con esa sangre, cobijen bajo la amplitud de su follaje á esa gleba humilde que los regó con su heroísmo y con su valor.

Que el botín de la victoria no sea para los que presenciaron el combate en la tranquilidad de sus alcobas sino para los que de frente, con su fe y la calcinada en las espaldas, fueron á la conquista de la Libertad, para los que desafiaron y, despreciaron la muerte con los ojos puestos en su pueblo lejano y el espíritu en la pureza de su ideal.